



Presidencia de la Nación
Ministerio de Cultura
Instituto Nacional de Investigaciones Históricas “Juan Manuel de Rosas”

Presidente: **Dr. Alberto Gelly Cantilo**

Secretario: **Lic. Pablo Adrián Vázquez**

Colección DIVISA PUNZÓ

Director: **Lic. Pablo Adrián Vázquez**

Registro de la propiedad en trámite

Dirección: Montevideo 641, CABA

Código Postal: C1019ABM

Teléfono: (011) 4375-5669

Días y Horarios: Lunes a Viernes, de 10 a 18 hs.

Correo electrónico: administracion@institutorosas.gob.ar

Redes:

Twitter: @InstitutoRosas

Instagram: @InstitutoRosas

Telegram: @InstitutoNJMdeRosas

Página web: <https://institutorosas.cultura.gob.ar/>

Blog: <http://institutojuanmanuelderosas.blogspot.com/>

Facebook: <https://www.facebook.com/InstitutoNacionalJuanManuelDeRosas/>

Acceso al Instituto Nacional Juan Manuel de Rosas en la Ciudad Autónoma de Bs. As:

- Subte: “B”: Estación Callao
- Subte “D”: Estación Callao
- Colectivos: 6, 12, 23, 29, 37, 39, 60, 75, 102, 115, 140, 150
- Bicisendas calle Montevideo y calle Tucumán, CABA.



Presidencia de la Nación

Ministerio de Cultura

Instituto Nacional de Investigaciones Históricas “Juan Manuel de Rosas”

Colección Divisa Punzó

LA IDENTIDAD HISPANOAMERICANA: Debates sobre el “Nuevo Mundo”



José Luis Muñoz Azpiri (h)

N° 2 – febrero 2023

Presentación del Instituto

El actual *Instituto Nacional de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas* nació como *Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas* el 6 de agosto de 1938, por iniciativa de un grupo de estudiosos interesados en investigar y difundir la verdad histórica con referencia a Rosas y la época de la Confederación Argentina.

En 1997, tras un lapso de más de medio siglo, fue apreciada la necesidad que el Estado Nacional contara con una institución oficial que velara por la memoria del brigadier general Juan Manuel de Rosas. Por decretos del Poder Ejecutivo Nacional nº 26/97 y 940/97 se oficializa al Instituto con el nombre de Instituto Nacional de Investigaciones Históricas “Juan Manuel de Rosas”, fijándole como su finalidad primordial la enseñanza y la exaltación de la personalidad y gobierno de Don Juan Manuel de Rosas. Además de sus competencias específicas en la investigación histórica y la difusión de la vida y obra del Restaurador, corresponde al Instituto Nacional, dependiente del Ministerio de Cultura de la Nación, la organización de los actos oficiales en su homenaje.

Asimismo, por Resolución nº 748/97 del Poder Ejecutivo Nacional se destinó el inmueble de Montevideo 641 de Capital Federal como sede del Instituto Rosas y de la Biblioteca Popular Adolfo Saldías. Esto último fue ratificado por ley nacional nº 25.529. A su vez, por decretos del Poder Ejecutivo Nacional nº 26/97 y 940/97, ratificados por Ley 25.529 este Instituto posee 40 sillones del Cuerpo Académico ocupados por Miembros de Número.

Este Instituto, de cara a estos tiempos, cumple las tareas de investigación, divulgación y homenajes a la vida y obra de Rosas, a la vez de estudiar a patriotas de nuestra emancipación, caudillos federales y personajes de época, amén del contexto social, cultural, económico y político, durante la Confederación Argentina en el siglo XIX. Además investiga a los autores e historiadores que forjaron el “revisionismo histórico”.

A través de publicaciones de investigación y divulgación, y la realización permanente de nuestras actividades, se ha mantenido vigente y acrecentada la figura del prócer. Desde su Revista, iniciada en 1938, junto a boletines, anuarios y opúsculos especiales, amén de textos para periódicos nacionales y regionales, conferencias y mesas redondas por todo el país y extranjero, y actividad de divulgación en páginas web y redes sociales, la actividad de la institución es permanente.

Dr. Alberto Gelly Cantilo

Presidente

Instituto Nacional de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas

Presentación de la Colección Divisa Punzó

La génesis de nuestra institución vino precedida de un sinfín de autores que estudiaron y publicaron, contra viento y marea, sus trabajos sobre la vida y obra de Rosas, el desarrollo de la Confederación Argentina, los avatares de los gobernadores y caudillos de las provincias que las componían, y todo el trasfondo sociocultural de la época.

El Instituto de Estudios Federalistas de Santa Fe y el Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas en Buenos Aires, ambos de 1938, dieron organicidad a dicha tarea, donde, en particular desde el Instituto Rosas, desde su Revista, iniciada en el mismo año de la creación del organismo, junto a Boletines, Anuarios, la colección *Estrella Federal* y opúsculos especiales posteriores, dieron voz a los debates historiográficos.

Tras los primeros años del siglo XXI, más allá de libros, publicaciones, papers y trabajos de investigación tanto para su divulgación como en congresos y jornadas académicas, donde se publicaron temáticas sobre Rosas y su época, tanto en papel como en formato digital o en otras producciones de sentido, el Instituto Nacional de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas estuvo en deuda.

El impulso de la colección “**Divisa Punzó**” cubre, en parte, esa falta, tratando de lograr una mayor divulgación de nuestros trabajos, más allá de las publicaciones que desarrollamos, de forma digital y en papel, con la idea de recibir aportes académicos de investigadores, acorde a las nuevas corrientes de estudio.

Por tanto la finalidad de la colección “**Divisa Punzó**” será editar trabajos de investigación, éditos e inéditos, de nuestros académicos, de otros estudiosos, del país y del extranjero, que consideremos que tengan validez para ser propagados desde nuestra institución, y reeditar textos descatalogados, que se hayan impreso décadas atrás, y que por su valor simbólico merezca ser nuevamente reimpresso.

Lic. Pablo Adrián Vázquez

Secretario

Instituto Nacional de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas

Director de la Colección “Divisa Punzó”

Presentación

A través de estas líneas el prestigioso académico José Luis Muñoz Azpiri (h), lejos está de vender espejos de colores, viene a poner luz sobre los orígenes de nuestra hispanidad.

No es posible construir para el presente y hacia el futuro si renegamos de nuestro pasado. Para saber ¿quiénes somos?, ¿qué queremos? y ¿hacia dónde vamos?, es necesario reconocer nuestro origen, saber cuáles son nuestras raíces.

El autor no niega que “la conquista de América implicó muertes, abusos y violencias de toda índole”, pero “cuando callaron las armas, comenzó la creación del mundo criollo, donde mestizamos sangres y culturas en esa realidad nueva que nos define. Por eso no somos indios ni tampoco españoles, somos lo que Vasconcelos bautizó como “Raza Cósmica”.

Se destaca el aporte cultural, político y filosófico que han realizado los españoles sobre estas tierras. Esto hace a nuestra identidad iberoamericana, en tanto que de la unión de españoles y originarios hemos nacido los mestizos. La historia no debe observarse como compartimentos estancos, sino como un todo universal del cual somos parte.

Eliana Valci

Directora Ida & Vuelta Medios

LA IDENTIDAD HISPANOAMERICANA:

Debates sobre el “Nuevo Mundo”

José Luis Muñoz Azpiri (h)

“Hay tres clases de seres humanos: los vivos, los muertos y los que se hacen a la mar” ANACARSIS (s.VI A.C)

Apenas fue descubierta América, comenzó la recreación hispánica en el Nuevo Mundo. Ninguna potencia estaba tan capacitada como España para esa empresa civilizadora pues había alcanzado la mayor estatura política de la modernidad, con la unidad nacional, la expulsión de los moros invasores y el desarrollo del proceso cultural que impulsaban sus científicos, comerciantes y navegantes. España llegaba, pues, en su apogeo nacional y con la ocupación del territorio americano, y se proyectaba en una dimensión evangelizadora, cultural, política y económica.

En el Nuevo Mundo encontró civilizaciones y culturas que, no obstante su valor relativo en ciencias, artes y organización social, eran incapaces de afrontar la superioridad de España. La falta de una conciencia de su condición histórica y geográfica, el fanatismo religioso que inferiorizaba la

condición humana y el primitivismo cultural que reducía la capacidad expresiva y de comunicación, impidieron la trascendencia del mundo precolombino.

Pero su realidad étnica y social se fundió con la civilización hispánica para producir un “nuevo género humano” – como dirá Bolívar – en ese mestizaje que definirá su originalidad con la recreación, en términos americanos, de la religión católica, la lengua castellana y la organización institucional hispánica.

Durante más de tres siglos se desarrolló en el Nuevo Mundo una civilización que prolongaba los valores clásicos y cristianos, protagonizados por España con una personalidad propia y que se ensanchaban en América con características tan originales y fecundas como las hispánicas.

Desde el Océano Pacífico y las costas de la América del Norte hasta las heladas lejanías del Sur, desde el Mar Caribe hasta la Cordillera de los Andes, crecieron pueblos y culturas que, no obstante su heterogeneidad, llevaban un sello de unidad racial y cultural capaz de integrar las notas más diversas de su humanidad.

Esa civilización se debe ponderar en varios planos. En primer lugar, los ahora denominados “originarios” (que no lo eran de América sino de las estepas siberianas) se beneficiaron de la

igualdad con que España asimiló, durante siglos, a judíos moros y cristianos en un mestizaje racial que es nuestro origen común y que si fusionó, primero, a los aborígenes y los españoles, sumó luego los pueblos más diversos: negros, judíos, árabes, japoneses, italianos, franceses, alemanes y anglosajones y a los que ahora se suman los provenientes de Lejano Oriente.

Toda Iberoamérica comparte esa mezcla, cuyos componentes varían según las regiones y los momentos históricos, sin que se altere la convivencia étnica, hazaña social y cultural que nos singulariza y que se proyecta hoy como una virtualidad ejemplar.

Los pueblos americanos fueron evangelizados por una religión cuyo ecumenismo superó prejuicios e impregnó desde las formas elementales de la vida cotidiana hasta la organización cultural. La sabiduría de la Iglesia contribuyó, además, a preservar los rasgos más valiosos del mundo aborigen pues bautizó símbolos y costumbres, integrándolas en la variedad de la liturgia católica.

Sin duda fueron arrasados ritos sangrientos y prácticas viciosas pero gracias a que se evangelizó en las lenguas de los infieles, las crónicas, gramáticas vocabularios permitieron el rescate de una tradición oral que, de otro modo, se hubiera

perdido para siempre, a diferencia del legado de signos, piedras y monumentos que se conservó, incorporado a la civilización hispánica, con valores estéticos que con orgullo podemos considerar propios.

La otra singularidad que une a nuestros pueblos, es la lengua castellana, que llegó a América cuando comenzaba su florecimiento expresivo y artístico y que se impuso por su universalidad frente a los rudimentarios sistemas idiomáticos precolombinos, confinados a la oralidad por la carencia de una escritura alfabética, limitados por el primitivismo de sus contenidos intelectuales y por la ignorancia en que unas culturas se encontraban respecto de las otras, sin más relación que las guerras y el dominio tiránico.

Mediante la lengua castellana, nos liberamos de aquella ignorancia y por encima de cualquier diversidad nos enlazamos en el conocimiento y la expresión, fundamos nuestra existencia cultural y alcanzamos la verdadera unidad americana.

El castellano en América también comportó un mestizaje, por cuanto sin alterar la estructura esencial de la lengua, integramos términos, sonidos y matices autóctonos que enriquecieron nuestra vinculación con España, cuya tradición

de pensamiento y belleza, de valores supremos en la épica, la mística y la lírica, asumimos como propia.

Gracias a la lengua castellana que nos cristianizaba e hispanizaba, proyectamos la personalidad americana a una dimensión universal, sin mengua de la propiedad de nuestra voz.

Por último, nos singularizó la organización política e institucional, que engarzaba la fundación de la sociedad iberoamericana en el orden jurídico del Estado de derecho más avanzado del mundo moderno.

Hacia América se extendió un tejido de leyes que aseguraban los derechos de los súbditos del Imperio, acogidos al monumento jurídico que fueron las Leyes de Indias, con cuya guía se ordenó la nueva sociedad. Heredamos esa tradición y la continuamos, sin que la organización de los nuevos tiempos históricos significara la renuncia de aquel pasado que está en la base de nuestra personalidad institucional.

El mestizaje racial, la religión católica, la lengua castellana y la tradición política, constituyen, pues, los factores de unidad de Iberoamérica: pero tienen una condición: son esenciales, es decir, que no pueden desaparecer con los tiempos, pues están intrínsecamente unidos a los que es la personalidad de nuestros pueblos.

El carácter mestizo de la constitución étnica persiste, al igual que la fe religiosa; seguimos hablando en castellano – o en la lengua hermana de Portugal – y la tradición política y jurídica, todavía se conserva, aún con los cambios y modificaciones más extremas.

Hay otros factores que separan a nuestros pueblos, como son las diferencias geográficas, los intereses económicos, algunos rasgos de la psicología social y, sobre todo, los diversos grados del desarrollo cultural e institucional. Pero son sólo factores accidentales, porque están en permanente cambio y sus caracteres actuales posiblemente serán diferentes en el futuro.

Las inmigraciones pueden alterar los matices de las fusiones étnicas, los desarrollos del urbanismo y los cambios económicos y tecnológicos, lo mismo que el progreso político perfeccionarán la índole de muchos países iberoamericanos.

Pero estas modificaciones, por más importantes que fueran, son accidentales y no anulan aquellos rasgos que denominamos sustanciales. Podemos ignorarlos, renegar de ellos y hasta repudiarlos, descalificando sus valores, pero jamás podremos anular su realidad, ya que se refieren a la esencia de nuestras sociedades.

Esas características definen rotundamente la identidad iberoamericana, esa fisonomía que viene desde nuestros orígenes históricos y que no plantea dudas ni interrogantes angustiosos, porque la hemos reconocido siempre a través de “estos cuatro siglos que en ella hemos servido”, como dijo para siempre nuestro Leopoldo Lugones.

Cabe, sin embargo, preguntarse por el futuro de esta personalidad iberoamericana, que con el dinamismo propio de toda sociedad humana, afronta un proceso de desarrollo y cambio.

Más aún, valorada nuestra singularidad desde su perspectiva histórica, es urgente inquirir sobre cuál será su destino previsible en un mundo donde no basta la singularidad o la diferencia, es en ese marco de universalidad donde Iberoamérica tendrá que significarse por una contribución que, además de singular y original, deberá ostentar valores superiores.

En primer lugar, quiero llamar la atención sobre un tema que visto desde Buenos Aires – donde cuesta reconocer esa Hispanoamérica que, como decía Enrique Zuleta Álvarez citando a Pedro Henríquez Ureña, comienza en Córdoba... -, no es considerado en toda la importancia que tiene: el mestizaje, étnico y cultural.

Como todo lo ocurrido en un largo período histórico, la composición racial de Iberoamérica presenta aspectos conflictivos. La asimilación de los naturales de la tierra a través de la evangelización, la hispanización y la instrucción, que son requisitos ineludibles del progreso está incompleta y hay millones de indígenas marginados. Aún hoy, en la Argentina, se discute el desalojo de las tierras donde habitan por no citar otras zonas como la Amazonia donde han sido sometidos a verdaderas expediciones punitivas. Pero este grave problema no implica que el mestizaje haya caducado, por el contrario sigue siendo el camino de los marginados a la civilización criolla y la posibilidad de renovación biológica de nuestras sociedades, porque la fusión étnica y cultural sigue siendo la clave de un crecimiento pacífico, sin los conflictos raciales de casi todas las regiones del mundo.

En América, el ciclo histórico de los Estados indígenas concluyó con la conquista, pero no su ciclo cultural.

Dice Carlos Fuentes que “El repertorio de nuestras insuficiencias urbanas, occidentales, nos aguarda calladamente en el mundo indígena, reserva de todo lo que hemos olvidado y despreciado: la intensidad ritual, la sabiduría atávica, la imaginación mítica, el cuidado de la

naturaleza, la capacidad de autogobierno, la relación con la muerte.”

En la actualidad asistimos a cambios sociales profundos. El derrumbe del bloque soviético ha rediseñado políticamente el mapa mundial, con problemas raciales, religiosos y culturales que, aparentemente, habían desaparecido frente a la hegemonía de los grandes países industriales. No han sido así y las viejas civilizaciones son incapaces de renunciar a la “pureza étnica” y a las guerras culturales y religiosas de las cuales la ex-Yugoslavia es su demostración más reciente.

En esas circunstancias, Iberoamérica exhibe la solución étnica del mestizaje como un ejemplo de eficacia probada.

Es difícil conjeturar si se puede producir un movimiento de emigración hacia Iberoamérica, como el que hubo en el pasado y que tanto influyó en los países del Cono Sur.

Al iniciarse la década de los años 80, en el siglo XIX, la realidad social, cultural, económica y política de la Argentina tendría una profunda transformación estructural a causa de una importante masa de inmigrantes que, a partir de esa década y hasta 1910, tuvo un ritmo vertiginoso.

El historiador José Luis Romero caracterizó a este período como “la era aluvional”.

El impacto de la inmigración masiva – analiza el sociólogo Raúl Puigbó – “fue de tal magnitud como para generar una crisis en la identidad nacional, de características diferentes, pero de similar efecto, que la producida en los inicios de la colonización española, por el proceso de mestización, aculturación, asimilación e integración de los componentes étnicos originales – españoles, indígenas y negros – amén de los subproductos derivados de la miscegenación (mezcla de tres troncos raciales – en el caso americano -, mongoloide, caucasoide y negroide), hasta conformar un biotipo estabilizado y perfectamente adaptado al escenario físico. Este biotipo original poseía los rasgos caracterológicos y la autoconciencia de su identidad nacional.

Este proceso se realizó coetánea y simétricamente a la homogeneización y a la estratificación de la sociedad rioplatense. El proceso de asimilación se desarrolló sin conflictos y de un modo progresivo; hasta se puede decir que fue relativamente armónico. El blanco español se constituyó en el núcleo fundamental, que logró imponer rasgos morfológicos al biotipo, así como los valores culturales, la religión, las formas de sociabilidad, las instituciones y la estructura jurídico-política.”

En cuanto al catolicismo hispanoamericano, conserva todas las virtualidades de una religiosidad auténtica, últimamente vigorizada de una forma espectacular e inédita por el magisterio del Papa Francisco, porque desde el Descubrimiento, la Iglesia interpretó el alma primitiva de los aborígenes, los rescató del paganismo y les mostró el camino de la esperanza y la salvación.

El catolicismo ha sufrido la erosión de la cultura moderna, sobre todo en los núcleos urbanos más conflictivos, pero superado el extravío de algunos sectores intelectuales por la desaparición del dogmatismo marxista, mantiene sus valores específicos robustecidos desde que hace unos pocos años el argentino Jorge Mario Bergoglio se convirtió en Francisco, Papa universal elegido por el Cónclave en la Capilla Sixtina. Su revolución evangélica, su adhesión radical al Evangelio que ha hecho crecer en forma extraordinaria la cercanía de la Iglesia con la gente en la frontera de la misericordia, con un lenguaje a veces fuerte en el combate contra la exclusión social, la desigualdad, la marginalidad en todos los niveles, el descarte de los débiles, pobres y sufrientes, componen un mensaje incómodo que fastidia y mueve al rencor a muchos sectores conservadores.

En cuanto a la lengua castellana, es un factor central de la unidad hispanoamericana. Superados los temores de anarquía lingüística, las comunicaciones y la cultura han consolidado el nivel de normalidad idiomática, y la lengua castellana se establece como el instrumento principal para la educación de los pueblos, el desarrollo de sus posibilidades creativas y el ingreso a una dimensión universal de la cultura. Nuestros pueblos hablan y leen el mismo idioma, y a la hispanización por medio de la lengua ha sido el pórtico a través del cual ingresamos, con títulos análogos a los peninsulares, a la cultura hispánica y a sus valores ideológicos y artísticos que ahora son tan nuestros como los españoles.

Gracias al castellano que poseemos en América, son nuestros Cervantes, Fray Luis de León, Quevedo, Galdós, Azorín, Maeztu y los Machado, y los hispanoamericanos podemos enorgullecernos tanto de los humanistas del Barroco mexicano como de la prosa Romántica de Sarmiento y Martí.

Las dos transformaciones principales de la lírica hispánica en el siglo XX se debieron al nicaragüense Rubén Darío y al chileno Pablo Neruda; el humanismo literario hispánico cuenta con una personalidad mayor como la del mexicano

Alfonso Reyes y bastarían los nombres de Leopoldo Lugones, Jorge Luis Borges y Leopoldo Marechal para caracterizar la contribución argentina a un panorama literario que hoy resplandece en la narrativa del colombiano Gabriel García Márquez y de los mexicanos Carlos Fuentes y Octavio Paz, como algunos de los ejemplos de la originalidad y el valor de la siembra de la lengua castellana en América.

Es probable que uno de los aspectos más criticados de la realidad hispanoamericana sea el de la organización social y política. Enrique Zuleta Álvarez lo atribuye al espíritu mimético de nuestra clase dirigente que no logró un sistema que pusiera de acuerdo las teorías con los reclamos de paz, justicia, progreso y libertad que comparten todos los pueblos. Hemos padecido una inestabilidad crónica, jalonada por revoluciones y tiranías que arrojan, al cabo del medio milenio del Descubrimiento, un balance de equilibrio muy difícil.

Quizás no supimos continuar la tradición de realismo político que España infundió en América y que solo declinó cuando hacia fines del siglo XVIII, la propia Metrópoli cedió en su temple imperial. “La capacidad y el saber de la clase política – continúa Zuleta Álvarez – no ha sabido recoger en fórmulas estables algunos datos esenciales que vienen desde nuestro fondo histórico: el igualitarismo republicano que debe coexistir

con el reconocimiento de la excelencia de las élites, el personalismo, que exige la unión de la eficacia con la ética, el orgullo nacional que repugna la sumisión y la inferioridad, en fin, esas bases reales de la sociedad iberoamericana que debieran recogerse en sistemas políticos animados por la voluntad de vivir con honra, de acuerdo con el derecho y la razón, sin estar sometidos a la humillación de la fuerza y la violencia”.

Los iberoamericanos conservamos casi intacta nuestra capacidad de idealismo y no hemos renunciado a proyectos políticos que satisfagan las exigencias sociales auténticas. En una escala universal no somos inferiores a ningún pueblo y no hemos cedido a la tentación de abusar del poder en aventuras exteriores, ni justificamos las tiranías ni los odios, de modo que nuestras debilidades y desaciertos no son peores que los de muchos que se exhiben como faros de la libertad y el progreso.

Es imperativo respetar los dictados de la índole propia y a no inclinarnos frente a las modas ideológicas, siempre fugaces y cambiantes. Por ello nunca insistiremos bastante en la urgencia de aprovechar nuestra experiencia del pasado para extraer de allí las lecciones que puedan iluminarnos.

Desde la conmemoración del Quinto Centenario, Iberoamérica puede y debe culminar un juicio sobre su lugar en la historia, una rendición de cuentas donde el saldo de los fracasos no impida valorar y ponderar las contribuciones positivas. Lejos estoy de establecer un juicio o tan siquiera una ponderación de ese proceso, de modo que las reflexiones que expongo solo apuntan a algunos hechos que en los últimos tiempos han cobrado una curiosa e inusitada trascendencia.

Parto de dos ejes centrales: el primero es el reconocimiento de la obra de España en América pues, como dije, es nuestro pasado ineludible. Negar la presencia de España en América es negar mi presencia y la de muchos que para esta fecha se anotan en el coro lacrimógeno de la ópera del “genocidio”. Y el segundo es la ponderación de lo que Iberoamérica ha desarrollado a partir de aquella tradición.

Este punto de vista responde a la constante diatriba y esmerilado de la obra de España en América, que ya no responde a una vetusta y arcaica “Leyenda Negra” ya desacreditada por la moderna crítica historiográfica, sino también a la actitud de algunos poderosos sectores oficiales de la propia España, que han renunciado a la gloria posible de la hispanización de América y concluye con un retorno

imposible a un estado edénico, utópico a las civilizaciones precolombinas; bastante lejanas, por cierto, de un inexistente Paraíso perdido.

Esta campaña, cuyo origen y características no alcanzamos a comprender, y que algún día habrá que estudiar en una sociología de la cultura, con un análisis semántico de sus principales argumentos, no tiene un propósito científico. Ninguna historia presentó jamás la que se ha llamado “la Leyenda Negra”, estamos ante un panfleto propagandístico, un libelo, una crítica que desprecia la verdad histórica, con una sentencia ideológica dictada antes de toda consideración imparcial.

Nos enorgullecemos de nuestra “Romanitas” y no por ello manifestamos acuerdo con los sangrientos juegos de circo. Recordamos al Imperio romano por su obra jurídica y política y no por sus guerras de conquista. Nadie ha juzgado con ese criterio la historia de la humanidad, jalonada por una violencia inherente a la especie humana. Nunca se negó que la conquista de América implicó muertes, abusos y violencias de toda índole. En una América sembrada de conflictos interétnicos, que solo conocía la fuerza, la imposición del nuevo orden hispánico sin duda acarreó injusticias y crueldades, pero España nunca las justificó y, por el contrario,

ha sido la única nación en la historia, que enjuició sus derechos y acciones y las sometió a los tribunales de la religión, la filosofía y el derecho, para vigilar y corregir su empresa política.

Reducir la acción ibérica a la codicia y el fanatismo no solo es una injusticia sino un desatino y una absoluta imbecilidad, que no les interesa rechazar a los sectores ya aludidos de la España actual, cuya falta de solidaridad con su propia tradición no queremos calificar, pero que nos interesa a nosotros los hispanoamericanos de hoy, porque venimos directamente de aquellos años fundacionales y tenemos el derecho de juzgar sobre las luces y sombras de nuestra propia historia.

España volcó sobre América todo lo que tenía de más valioso en cultura y sociedad y junto con la religión y la lengua, sembró el Nuevo mundo de ciudades, universidades, catedrales, leyes, instituciones, ciencias y artes.

Aborígenes y españoles pagamos por todo ello un precio de sangre y violencia, pero quedó un legado que transformó nuestra condición humana y desde esa perspectiva debemos juzgar esta nueva conmemoración.

Las acusaciones absurdas de genocidios, podrían extenderse a toda la historia humana, comenzando en Occidente con el

Viejo Testamento y aún antes sin otro resultado que una incomprensión absoluta de la realidad.

Nadie ha negado jamás las inevitables luchas entre españoles e indígenas que dirimían la modificación del mundo, pero sería insensato pretender que en esa época se hubiera hecho de otro modo, sobre todo cuando el ejemplo de la ferocidad, el sectarismo cruel y la intolerancia de los otros países europeos en sus guerras religiosas y de conquista, enaltecen, por contraste la España que conquistó América. Pero cuando callaron las armas, comenzó la creación del mundo criollo, donde mestizamos sangres y culturas en esa realidad nueva que nos define.

Por eso no somos indios ni tampoco españoles, somos lo que Vasconcelos bautizó como “Raza Cósmica” compuesta a través de España, por un torrente ibérico, mediterráneo, griego y romano, cristiano, pero también árabe y judío y por los “ Centinelas del silencio” que habitaban las selvas, llanuras, montañas y pampas del aquel Mundo Perdido, profetizado por el latino Séneca. De esa mezcla estaban hechos esos antepasados lejanos que hoy se pretende que neguemos.

La mayor injusticia que podríamos cometer con nuestros pueblos sería proponerles volver al pasado. Los retornos no

existen en la historia, pero aún si fuera posible
¿Renunciaríamos al lugar que hemos ganado, a través de España, en el concierto universal.

¿Renegaríamos del mensaje evangélico que predica con renovados bríos un Papa surgido en el confín austral del Nuevo Mundo y que manifiesta a un Occidente adormecido y embriagado en los espejismos del consumismo, para retornar a cultos bárbaros, con dioses crueles y fatídicos, cuya desaparición permitió la esperanza y salvación de los esclavos?

¿Abandonaríamos a nuestra eufónica y melodiosa lengua castellana para volver a desaparecidos dialectos sin escritura ni memoria, donde sólo podría recogerse una sabiduría silvestre, confinada a los rincones de un mundo que ha desaparecido para siempre?

¿Vaciaríamos nuestra idiosincrasia cultural criolla cultural criolla de todo lo que tiene de hispánico, desde nuestros nombres y apellidos hasta las formas del pensamiento y el arte, como la jota y el flamenco, con su océano de refranes, coplas y romances que recorre Iberoamérica, desde el corrido mexicano hasta el joropo venezolano, la guabina colombiana, la marinera peruana, la cueca chilena, la zamba, la chacarera y la milonga argentinas? La sola mención de estas

alternativas, terribles si no fueran pueriles, basta para comprender el absurdo de un indigenismo tan regresivo como felizmente imposible.

La construcción de esta Iberoamérica, frustrada y exitosa, incompleta y siempre en busca de una perfección soñada, se basa en una obra de civilización que España emprendió en el Nuevo Mundo con lo mejor y peor que tenía, es decir, con todo. Los que quedaron aquí, dejaron su progenie y sus huesos, hicieron su fortuna o su desgracia, medraron o fracasaron y los aborígenes se les fueron sumando en un lento proceso de fusión que aún no ha concluido. Juntos hemos vivido estos cinco siglos, que no fueron iguales como dice una lacrimógena y tendenciosa canción, juntos hemos extendido la cultura y empujado la barbarie (en sentido Morganiano) hasta sus últimos confines y cuando logramos nuestra Emancipación, no lo hicimos para renegar de nuestra herencia inalienable de fe, lengua y cultura, sino para continuarla pero con títulos propios. De ese origen venimos los hispanoamericanos y no los peninsulares de hoy, fascinados con un europeísmo a ultranza, y por esa razón es nuestro privilegio reivindicar esa historia. Incorporada al mundo civilizado con los valores que hemos tratado de enumerar.

Currículum Abreviado

José Luis Muñoz Azpiri (h): Autor de numerosos ensayos sobre diversas especialidades. Egresado de la Escuela de Defensa Nacional. Ha realizado estudios superiores de Ciencias Antropológicas e Historia en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad del Salvador.

Durante muchos años trabajó en la Superintendencia Nacional de Fronteras, que funcionaba en el Ministerio de Defensa. Fue miembro fundador de la Comisión Nacional Permanente de Homenaje a la Vuelta de Obligado. Integró el consejo editorial de la revista “Fundación, Política y Letras”, fundada y dirigida por Marcelo Sanchez Sorondo, con quien colaboró en el Círculo del Plata, siendo vocal de su comisión directiva, y de la Fundación Adolfo Alsina.

Conduce, junto a Erika Blum, el programa radial “Una Mirada Austral”. Es miembro de número y de la comisión directiva del Instituto Nacional de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas, a la vez que dirige el Centro de Estudios Estratégicos y Geopolíticos que integra dicha institución.

Publicó: “*Malvinas: La otra mirada*” (2007); “*Soledad de mis Pesares: Crónica de un despojo*” (2007), y “*Se levanta a la faz de la tierra: La construcción de una identidad*” (2016), entre otros.